

Simón Rodríguez y José Martí: Nuestra América en el concepto de dos grandes pensadores

Salvador E. Morales Pérez

Instituto de Investigaciones Históricas, UMSNH.

Resumen

Las evidentes analogías entre algunos planteamientos del escritor cubano José Martí con los enunciados décadas atrás por el pensador y pedagogo venezolano Simón Rodríguez, quien había sido maestro de Simón Bolívar, indujeron al cotejo de textos específicos de ambos intelectuales. A la pregunta sobre la posible influencia de Rodríguez en la formación del latinoamericanismo de Martí, el método empleado dio por resultado que a pesar de la semejanza de importantes expresiones no se llegó a comprobar la influencia de Rodríguez sobre Martí, pero pudo establecerse un paralelo significativo de sus agudos diagnósticos y las sugerencias prácticas respectivas en relación a las sociedades latinoamericanas post coloniales, que aun tienen importancia para el debate político contemporáneo.

Abstract

The obvious similarities between some approaches of Cuban writer José Martí with the statements of the Venezuelan thinker and pedagogue Simón Rodríguez, former teacher of Simón Bolívar, induced the collation of specific texts of both intellectuals. To the question about the possible influence of Rodriguez in the formation of Martí's latinoamericanism, the answer was that despite the similarity of some important expressions there were no conclusive proof of Rodriguez influence over Martí, but it could be

established a significant parallel between their acute diagnosis and respective practical suggestions regarding post-colonial Latin American societies, which still have relevance to contemporary political debate.

Palabras clave: pensamiento latinoamericano, José Martí, Simón Rodríguez, dependencia, sociedad latinoamericana

Hará una veintena de años, al calor de la lectura de un artículo de un historiador venezolano acerca de la personalidad de Simón Rodríguez - no llegaba a 10 paginitas el ensayo pero fueron suficientes para detonar en mí una vertiginosa curiosidad – tuve mi primer encuentro con este personaje. Trabajaba entonces en la Biblioteca Nacional José Martí, de modo que apenas terminada la lectura del ensayo consulté los ficheros de la misma. Una tarjeta traía lo que buscaba. Pronto tuve en mis manos los tomos de la primera edición de las *Obras Completas* de Simón Rodríguez. Me tocó rasgar los dobleces de los pliegos vírgenes. Creí que en Cuba no se conocía al personaje que había suscitado mi desbocado interés. Ninguno de mis colegas cercanos tenía idea de tan fabulosa personalidad. En ese momento desconocía que la ignorancia de Simón Rodríguez era mucho mayor. Prácticamente se le había ignorado en casi todo el continente, incluyendo la tierra de su nacimiento: Venezuela. En pocas horas comprobé la existencia de un pensamiento americano genial. La razón que había encendido mi curiosidad fue la de numerosos planteamientos de un parecido sorprendente con aseveraciones muy conocidas del pensamiento de José Martí. No sólo analogías rayanas en la identidad, sino el mismo espíritu de radicalidad y de proyección americanista. Quedé anonadado. Entre tantos estudiosos de Martí, ninguno había reparado en la fortísima coincidencia intelectual.

Me dediqué a la tarea de rastrear en la obra del revolucionario cubano alguna mención, alguna cita, un indicio, que revelara influencia de las obras de Rodríguez, particularmente en las anotaciones hechas durante su estancia en Venezuela en el año de 1881. Pero nada apareció, aunque juraba, haber visto algo...

A los pocos días estaba tejiendo un cuadro de comparaciones simple. Muy simple. Un acercamiento elemental de las coincidencias expresivas. De ahí nació un avance luego integrado a mi libro *Martí en Venezuela, Bolívar en Martí*, publicado simultáneamente en Venezuela y en Cuba en el año de 1985. El trabajo mencionado no pretendió desbordar la difusión de un hallazgo interesante. Aunque no volví al asunto hasta tiempo después, no por ello dejé de interesarme por el novelesco personaje y reuní cuanto libro se puso a mi alcance. Desde la novela de Arturo Uslar Pietri, *La isla de Robinson*¹, hasta los opúsculos de mi amigo Edmundo Aray². Ahora vuelvo al tema.

1 Arturo Uslar Pietri, *La isla de Robinson*, Madrid, Ediciones Seix Barral, 1981.

2 Interesante recreación dramatizada de Aray, Edmundo, *Simón Rodríguez. Ese soy yo*, Quito, Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano/Universidad de los Andes/ Cinemateca Nacional del Ecuador, 2000. Guión que sirvió de base para la película presentada en noviembre de 2005 en el marco del XXXII Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, Cuba.

Un paralelismo adecuado entre ambas personalidades históricas debe hacerse con sumo cuidado, prefiero implementar mejor la idea de analogías y diferencias. Escarbando en las razones temporales de la subsistencia de las mismas. Debe atender también las diferentes circunstancias de geografía, formación, tiempos históricos, cultura, intereses, medios empleados. De otro modo, la validez del ejercicio comparativo tendría un valor pequeño. En principio nos enfocaremos a las coincidencias temáticas y conceptuales. En esta ocasión pondremos en tela de juicio sus ideas de la América que les tocó vivir y actuar.

1:- Veremos primero el perfil y circunstancias de Simón Rodríguez.

Simón Narciso Rodríguez (Carreño) nació en la Capitanía General de Venezuela, en Caracas el año de 1771³. América era un continente colonial repartido entre españoles, ingleses, franceses y holandeses en proporciones decrecientes. Dependencias de monarquías europeas. Llegó al mundo como expósito. Se educó en una sociedad que marginaba a los de esa condición. Su vida familiar dejó mucho que desear, aunque parece que le brindaron la máxima instrucción elemental que se podía alcanzar en aquellos tiempos y lugar. Por supuesto la Universidad estuvo prohibida para él. No obstante, estudió por su cuenta, hasta convertirse en maestro. Abrevó en las polémicas novedades intelectuales de su época: los grandes maestros de la Ilustración que se pusieron a su alcance. Percibió los lejanos ecos de la Revolución industrial europea. Fue partícipe de los primeros pasos de autoconciencia del criollaje americano en su vertiente local caraqueña. Tomó parte en los distanciamientos crecientes entre estos americanos y sus contrapartes peninsulares. Fue un hombre del empalme de una nueva época, testigo de la incidencia embrionaria de la modernización burguesa trasatlántica. Estados Unidos era entonces el flamante paradigma de sistema republicano. Casi toda la Europa del primer cuarto de siglo fue para él una gran casa de estudio. Estuvo en Francia e Italia, Alemania, Polonia, Prusia, Rusia e Inglaterra. Por ello no participó en la etapa destructiva del antiguo régimen colonial. Regresó a la América para dar su aporte constructivo. Contó con el apoyo de Bolívar, pero las oligarquías y el clero frustraron sus atrevidos proyectos. Terminó siendo testigo crítico de la reconfiguración oligárquica de las nuevas repúblicas. Murió el 28 de febrero de 1854, en el pueblo de Amotape, provincia de Paita, Perú.

2:- Un año antes – en 1853 - nació en La Habana, José Martí.

No sólo en un territorio diferente, isla y puerto de grandísima actividad mercantil, sino bajo otras condiciones no sólo de tiempo histórico. Cuba seguía siendo una colonia española. Las plantaciones esclavistas estaban en todo su apogeo productivo, dando vida a una agromanufactura bastante moderna, que llevaba la explotación humana a extremos devas-

³ Aun se debate sobre la fecha exacta. Algunos autores mencionan el año 1769 como válido.

tadores. Hijo legítimo de dos súbditos de España, obtuvo una escolarización regular. Como Rodríguez, completó sus estudios superiores en Europa, pero en la parte más atrasada: España. Martí creció a la percepción sociopolítica cuando la América postcolonial contrastaba fuertemente entre un norte anglosajón industrializado y en expansión y una Iberoamérica en lenta, subordinada, periférica y deformada asimilación de la modernidad capitalista. Asimilación retardada del progreso dada las relaciones sociales y socio raciales supervivientes de la época colonial. Nacía una era, que además de notables contrastes era portadora de nuevas formas de dependencia, de un nuevo tipo de colonización, de arrolladora expansión imperialista de diversos formatos en coexistencia. Tiempo también en el cual la esclavitud física desaparecía para dar paso a la clase obrera moderna, en tanto la vieja oligarquía aristocratizante cedía el paso a un empresariado pujante, con una vocación competitiva arrolladora.

3.- La América independiente que observó Simón Rodríguez.

Desde su primera gran obra publicada, *Las Sociedades Americanas en 1828*⁴, Simón Rodríguez, abordó las realidades y proyecto de América con un sentido de totalidad geohistórica. Para esa fecha ya había visto y padecido bastante las “nuevas” realidades republicanas. En el *Pródromo* que dio a la luz en Arequipa en el mismo año de 1828, no hace mención alguna de los nuevos nombres que se fueron dando las repúblicas nacidas de la independencia y en trance de acelerar los procesos de formación de Estados Nacionales. Sí hace una distinción, en tanto a semejanza entre las formas de gobierno adoptadas por los republicanos de Sur-América como “modificaciones de la forma del Norte”. De esa página en adelante se referirá específicamente a Estados Unidos y reservará la denominación América para la enorme masa geográfica y humana que se extendía desde Tejas y Oregón hacia el Sur. Esa es la idea física de América que ocupa el centro de sus reflexiones.

Sin embargo, la América que es, no tuvo tanta importancia para él como los “cómo serán y cómo podrán ser en los siglos venideros” las sociedades americanas, las repúblicas establecidas pero aun no fundadas. Es pues, esta original obra, cuya segunda parte no vería la luz hasta 1842 en Lima, un estudio polivalente de análisis y pronóstico en el cual se produce un activo relacionamiento en torno a lo que es y lo que en potencia debe ser la América independiente.

Quizás sea éste el primer intento serio en América de pensar en el cambio social con un sentido de originalidad y totalidad que rebasa en mucho los planteamientos alternativos sucedidos desde las ideas precursoras de Santacruz Espejo⁵ y Vizcardo Guzmán⁶. Los en-

4 Simón Rodríguez. *Sociedades Americanas en 1828*, en *Obras Completas*, T.I, Universidad Simón Rodríguez, Caracas, 1975. A esta edición nos referimos en las citas sucesivas. Conservó esa fecha aunque publicó otra versión ampliada en 1842. En este análisis nos apegaremos a las originales formas gráficas empleadas en sus exposiciones, peculiar ortografía, cursivas, altas, puntos suspensivos, espacios calculados, signos aritméticos por palabras... se lo advertimos a los lectores para no reiterar muchos SIC como suele destacarse el uso de la literalidad.

sayos ofrecidos por Simón Rodríguez persiguen un nivel de sistematicidad en donde el sustento histórico sociológico y la opción progresiva intentan enlazarse mediante un método democratizador. De estos tres aspectos en fluctuante interrelacionamiento va a emerger una premonitory idea de América que no constituye sólo un reflejo de los elementos humanos que la integran, sino una sutil auscultación de las potencialidades dinámicas que podrían ponerse en juego para alcanzar una sociedad verdaderamente republicana.

Reparemos en el momento en que inicialmente Simón Rodríguez se sumerge en tan innovador proyecto. *Sociedades Americanas*, venía gestándose desde que regresó de su largo exilio europeo y la culminó en 1842,⁷ es decir, en el período de postguerra anticolonial, cuando las repúblicas recién nacidas, veían peligrar su emancipación por la contumacia coaligada de las monarquías europeas, dispuestas a imponer nuevamente sus formas de dominio y de gobierno. No había más repúblicas -en su sentido formal y discorde con el ejercicio político real - que en el continente americano, pero en su seno no habían perdido fuerza las clases sociales opuestas a todo cambio de fondo en la estructura jerárquica, en los usos y costumbres, en los modos de gobernar, a la democratización del saber.

La nueva aristocracia republicana, enajenada en los modelos foráneos, desconocedora del país, ahogada de preocupaciones (prejuicios), en bélica competencia por el poder, carente de un proyecto coherente de organización y desarrollo, constituía el eje inerte que conducía a la reiteración de lo que llamó “errores antiguos”.

En verdad, la esclavitud se había reimplantado en varias repúblicas - en Estados Unidos se había reforzado- coexistiendo con otras formas de enfeudamiento, los productores y comerciantes habían caído bajo nuevas dependencias, se abandonaron los propósitos de escolarización, caudillos y congresos competían en incapacidad gubernativa. Los sueños liberales se pudrían en el terreno de la práctica.

Ante tal retroceso y sus secuelas de desconcierto y zafio pragmatismo, de pueril mimetismo y brutal incoherencia entre la retórica y la cotidianeidad, Simón Rodríguez buscó generar un movimiento de consulta y para ello le pareció bueno polemizar y de este modo avivar un debate que terminase por crear un fondo de saber necesario para emprender un nuevo camino para los americanos. A este propósito que él llamó causa social, se dirigió

- 5 Francisco Javier Eugenio Santa Cruz y Espejo, (1747-1795) quiteño de origen quechua y madre mulata, a quien se atribuye tempranas ideas de independencia y de Gobierno popular. Desde 1770 concibió opúsculos satíricos contra el régimen colonial, el titulado La Golilla le acarreó represión. Las autoridades calificaron a Santacruz Espejo de subversivo y hallaron motivos para deportarlo de Quito. Después de algún tiempo de su regreso fue encarcelado y en circunstancias que aun se antojan oscuras, murió en prisión el año de 1796.
- 6 Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, Perú (1748) - Londres 1798) jesuita, salió del Perú en 1767 al ser expulsada la Orden. En Italia, comenzó a impulsar la causa americana. En 1781 invocó apoyo inglés a la rebelión de Tupac Amaru y en 1792 redactó la *Carta a los españoles americanos* - difundida en 1801 por Francisco de Miranda - en donde convocaba a los criollos americanos a independizarse de la monarquía española.
- 7 La mayor parte de sus papeles cargados en cajas durante sus amargas travesías por los países andinos, se dice fueron a parar a Guayaquil pero fueron consumidos por el gran incendio ocurrido en esa ciudad del 5 al 7 de octubre de 1896. Parecido fin a la pérdida de la mayoría de los papeles de Martí anegados en una inundación en el sótano de la casa de Carmen Miyares después de su muerte.

todo un abanico de ríspidos razonamientos, que hasta donde hemos podido saber no alcanzaron el resultado que se había propuesto su expositor.

Quizás la propia contundencia, el estilo desafiante, las audaces formas de expresión, pero sobre todo los contenidos mismos del proyecto expuesto avivaron nuevamente en las clases ilustradas, a las cuales se dirigían la mayoría de los planteamientos, el miedo a la revolución, pues no otra cosa latía en cada una de las propuestas rodriguianas. Ese miedo a la revolución, que de modo admirable exhibió Miguel Izard⁸, suscitó una guerra sucia y los posteriores silencios en torno a Don Simón, guerra que apeló a todas las armas para aislar y descalificar.⁹ Todo ello por intentar la definición de un “gobierno verdaderamente republicano”, que en nuestros días debemos calificar como la búsqueda aun trunca de un sistema de gobierno radical y totalmente democrático, aunque ciertos autores persistan en omitir los adjetivos imprescindibles a todo alcance.

Precisamente, toda la fuerza reformadora que late en estos escritos, está dada para provocar la crítica en un democrático proceso de aprobación hasta que el plan estuviere esclarecido, pero siempre a condición -véase qué sentido antidogmático poseía el caraqueño- de “ejecutarlo en calidad de ensayo”¹⁰.

El plan esbozado tenía como condición necesaria la expansión del conocimiento. La democratización absoluta de la ilustración. La misma para todas las clases y grupos sociales. De ahí que todo el cuestionamiento al estado de la organización de la cultura post colonial fuere algo más que una ruda requisitoria contra la ignorancia en todo su extensión, desde las raíces hasta las últimas ramificaciones: “la ignorancia -sentencia- se sostiene por ignorancia”¹¹.

Para quienes hemos tenido una formación sociológica en la base de nuestra interpretación histórica resulta dubitante la afirmación de Rodríguez con respecto a la Ignorancia, a quien él considera “causa de todos los males que el hombre se hace i hace a otros”, sin embargo, una meditación menos rígida termina por concederle razón en sus respuestas a la desafiante pregunta: “¿Cuál es la causa de las revoluciones, sino la Ignorancia?”¹². Desde luego, las temibles “revoluciones”, en los ambiguos sentidos que se le dio a esta expresión en nuestra América durante el siglo XIX y fuera uno de sus rasgos superficialmente caracterizadores a los ojos de algunos países capitalistas de Europa, hallaron no poca excusa en las incapacidades (¿Ignorancia en cualquiera de sus sentidos?) de las clases directoras. Por ofrecer vías apropiadas al país real, interrogantes como las expresadas en la segunda parte de *Sociedades Americanas en 1828*, donde se ofrece la percepción que tenía Don Si-

8 Miguel Izard. *El miedo a la revolución*. Barcelona, Editorial Tecnos, 1979.

9 Como bien señala el colega Reinaldo Villegas, el epicentro de la campaña de descrédito y satanización fue durante su intento educador en Chuquisaca, Bolivia. Particularmente, de la camarilla oligárquica que rodeó al mariscal Antonio José de Sucre, presidente entonces y algunos clérigos atrabiliarios. Villegas 1996, pp. 69-77.

10 Rodríguez, 1975, T.I, p.268.

11 *Ibidem*, p.332.

12 *Ibidem*, p. 329.

món de la “clase política” en usufructo del poder, y lo que es todavía muy irritante, la terquedad con que continúa exhibiendo su ineptitud.

“Los que negocian Elecciones, a cara descubierta - las obtienen por manejos, ó las sacan por fuerza, para representar a un pueblo que no conocen, i en asuntos que no entienden, solo por darse importancia ¿piensan en el mal que pueden hacer, i en el que pueda resultarles del que hagan?. Los que por fines particulares, hacen Señor de Vidas i haciendas al Jefe de la Nación, sin pensar en quién le sucederá!...¿llevan por mira el bien público? Los que se dejan elegir por personas que compran Votos con Votos, i van, por condescendencia a hacer leyes de encomienda, ¿piensan en el bien de los pueblos? y los que, por no desobedecer a una lei, que hace Lejisladores, como el Señor hizo Apóstoles, saltan del bote a la playa, sin preguntar dónde van, i se ven de repente en el Congreso, sin saber lo que han de decir - esperando que el espíritu de la constitución los ilumine, ¿harán algún bien a la humanidad?”¹³.

Esta faceta es solo una ejemplificación interesada, desde luego, de cómo se sirve de este eje para realizar el examen crítico de uno de los elementos sociales que contribuía decididamente al “estado de suspensión” – estancamiento del proceso de cambios - en que se encontraba la América: estado que describe en diversas páginas de modo incidental que precisan una reconstrucción a partir del núcleo que él mismo propone bajo el epígrafe, SUELO, SITUACION Y MOVIMIENTO de las Nuevas Repúblicas.

En cuanto a LUGAR hace énfasis en la dispersión y en la pequeñez de los grupos en un continente vastísimo y erizado de obstáculos naturales. En tanto a la SITUACION de tales grupos destaca la ignorancia de unos con respecto a los otros y la ausencia de cooperación mutua (términos nuestros). Los MOVIMIENTOS en que se ocupan los clasifica en dos esferas, la económica y la política. De la primera subrayó la carencia de fondos y de medios para crear el Tesoro público, el endeudamiento sin esperanza fundada de ser pagado y la precariedad de la treta contra el consumidor del agravamiento de las mercancías en las aduanas. De la segunda arguyó la falta de plan y demostró con lapidarias frases la adopción de teorías e instituciones ajenas e “inadaptables a su suelo, a su jenio, a sus costumbres, i a sus circunstancias”.¹⁴ A ello agregó el acaloramiento de las pugnas internas, en las que inscribe las peleas sangrientas de unos americanos con otros, en desgastadora distracción.

En su diagnóstico de la realidad americana detectó que la ENFERMEDAD DEL SIGLO ES una sed insaciable de riqueza¹⁵ y tal patología económica se dejaba sentir por intermedio de tres proyectos ocurridos con optimismo mal fundado, delirio, califica Rodríguez, pues a su juicio da lugar a la traficomanía, la colonomanía y la cultomanía. Estos medios, que él ve como uno solo para los intereses foráneos, constituyen instrumentos de una segunda colonización. Para un hombre que había tenido experiencias tan directas de las ten-

13 *Ibidem*, pp.328 y 329. Expresiones como esta deben haber causado escozor en la flamante clase política de las semidemocracias recién constituidas en la América. Lo cual explicaría sus reacciones punitivas.

14 *Ibidem*, p.334.

15 *Ibidem*, p.355. El “afán de lucro” de los capitalistas estadounidenses que chocó tanto a Martí.

dencias expansivas palpitantes en los países del capitalismo noratlántico no era difícil observar que tras las apariencias progresivas se hallaban apetitos de PREPONDERANCIA, término empleado por Rodríguez¹⁶. De este modo, el caraqueño, fue uno de los precursores en la crítica a los enamoramientos de la élite criolla de los modelos importados de Europa primero y de Estados Unidos después que aun no han sido debidamente analizados¹⁷.

No menos examen crítico y tono irónico recibieron las soluciones mágicas propugnadas a través de medios como el comercio, la colonización y la libertad de cultos. La fragmentada ideología liberal estaba embriagada de esos términos adaptados a las necesidades de los grupos dominantes. A la exaltación del primer medio, calificado en cierta oportunidad de traficomanía, puso en solfa por su mirada hacia afuera y por la inconsistencia de una imagen de prosperidad que vienen de cómodo banquillo a los impulsores del neoliberalismo contemporáneo. Pintó a los puertos llenos de barcos ajenos, los almacenes ahitos de mercancías ajenas, las puertas colgadas de trapos ajenos¹⁸ y todo ellos con poco provecho para activar el país naciente. Ya en el *Pródromo* de Arequipa había advertido:

“Mucho traen los Europeos a los puertos de América - los retornos no están en proporción. Si hubiera circulación de capitales en todos los puntos donde se compra y se vende, el valor de los cambios haría ver el déficit de las plazas. Los Europeos calculan... sobre su industria, y los americanos... sobre comisiones contra sí mismos”.¹⁹

Fue en esa misma oportunidad en que destacó los desfavorables desequilibrios de las balanzas comerciales y de pagos en el comercio exterior cuando alertó con moderna agudeza: “los indios y los negros no trabajarán siempre, para satisfacer escasamente sus pocas necesidades, y con exceso las muchas de sus amos”²⁰. A ese punto volveremos cuando se aborde su planteamiento de bienestar general.

No menor es la satirización de las bondades de la libertad de cultos como expresión de progreso, ilustración, civilización. Don Simón insinúa que los descendientes de los españoles, como éstos, no entendían de pluralidad de cultos, y en una situación tan explosiva como la americana era peligrosa su apresurada adopción, sobre todo cuando esta era más bien una señal dirigida hacia el exterior con el propósito de que sirviera para ser admitidos al NIVEL DE LAS NACIONES CULTAS. Sorprendente precaución de un librepensador, de un opositor al despotismo y a la conocida represividad de la religión católica, de un hombre caracterizado como ateo por sus detractores. Consideraba inoportuno para el momento fundacional a la penetración de otros cultos que podían exacerbar los pleitos y estorbar la unidad en proceso de formación. Lo cual no excluía el respeto a las creencias de los extranjeros. Razones de estado, desde luego, no eternas sino transitorias, hasta que llegase el momento de un cambio importante en la aplicación genuina de la libertad de creencias como expone

16 *Ibidem*, p.355.

17 Véase el estupendo ensayo de E.Bradford Burns, *La pobreza del progreso*, Siglo XXI Editores, México, 1990, que lamentablemente no tuvo en cuenta entre sus fuentes las obras de Simón Rodríguez.

18 Rodríguez, 1996, T.I, p.335.

19 *Ibidem*, T.I, p.283.

20 *Ibidem*.

en tres trascendentales párrafos: “Si los Americanos consultan a sus Sacerdotes Ilustrados, estos les harán ver cuán necesaria es, por el honor del Altar, una reforma en el devocionario de la Iglesia de América”²¹.

Rodríguez, como tantos intelectuales del siglo XIX americano creía - con la misma ingenuidad expresada por el joven Martí - que los días de hegemonía de la iglesia romana estaban contados, por su propio desgaste, la anacronía de sus instituciones, el desprestigio de su posición ante la independencia y con el proceso de secularización iniciado en sus patrimonios y poderes²². Lejos estaba de imaginar la facultad mimética del catolicismo y, de las veleidades de la oligarquía aburguesada que conducirían a la reveladora transacción de fines de siglo que echaría tierra al liberalismo anticlerical, verdadera componenda para el control social de los sectores laborales en franco ascenso de autoconciencia.

En su cautela respecto a la importación de novedades religiosas subyace el temor ante las presiones expansionistas y hegemonizantes de Europa y Estados Unidos (éstas aun muy verdes, pero evidentes). En los momentos de concertar acuerdos comerciales con las flamantes repúblicas “varios países europeos intentaban imponer cláusulas de libertad religiosa para sus súbditos,”²³ lo cual era señal de condicionante y por lo tanto lesionaba la presente soberanía.

Quizás Rodríguez percibió esta penetración de creencias como un fenómeno potencialmente conflictivo, al brindar un componente ideológico religioso disidente a sectores sociales con capacidad de ruptura interna, en favor de patrones culturales alentados por específicos intereses de índole mercantil y de influjo político. Su reparo provenía de la función práctico-social y no de prejuicios intolerantes impropios de un libre pensador como él. La disyuntiva entre sus conceptos y las necesidades prácticas las resolvió inclinándose por resistir a una corriente que le acercaba tácticamente a su blanco de críticas y sátiras, la religión católica dominante. Las tradiciones coloniales del sector dominante constituían un factor cohesionante, de dudosa validez, pero que había permitido por oportunismo la sobrevivencia de no pocos elementos de la cultura de los naturales esclavos negros en la síntesis forjada con lágrimas de tres siglos. Nada más ajeno a Rodríguez que la negación de derechos y libertades individuales y sociales, y la renovación de las relaciones del hombre y la sociedad, pero el modelo de transformación “desde fuera” suscitaba la más grande desconfianza, sustentada sobre bases de mucha razón.

No obstante, el respeto táctico no le conducía a dejar de analizar con heterodoxia:

“Un zelo pueril ha reemplazado al zelo relijioso, de los primeros propagadores del cristianismo en el Nuevo Mundo, los Indios tienen sus Ritos y su Liturgia, y en meras cere-

21 *Ibidem*, T. I, p. 281. Más de un siglo tardaría en surgir esa conciencia de honesta reforma, hasta la gran reunión de Medellín y que ahora se hace retroceder por idéntico falaz enfoque teológico social al criticado por Rodríguez.

22 Es ilustrador el capítulo consagrado por Leslie Bethell al estado de la Iglesia Católica al concluir la guerra: las vacantes de importantes sedes episcopales, la disminución del clero y de su riqueza y de sus atribuciones: *Historia de América Latina*, Cambridge University Press y Editorial Crítica, Barcelona, T. 5, pp. 204 a 208.

23 Bastian, 1989, p. 26.

monias consiste toda su Religión. Los sacerdotes necesitan quedarse a solas con ellos...y por mucho tiempo...para irlos despejando poco a poco. Su trabajo debe reducirse a desterrar abusos de práctica: y bastante tendrán qué hacer, sin añadir dificultades con nuevos Ritos, y ... con nuevos dogmas, que es peor”²⁴.

Para el precavido pensador la libertad religiosa era de una mayor trascendencia que la prometida por los demagogos del liberalismo epidérmico: “La Libertad de adorar: Supone la de pensar, creer y hablar, y... promete la de escribir”.²⁵ Y al desarrollo de esas posibilidades se encargaría a los nuevos maestros que proponía y no a los curas que se concentrarían en el culto.

La razón última de su prevención está claramente expuesta en su consigna, “los Americanos deben abstenerse de todo procedimiento que pueda desunirlos”, la estabilidad interna y la búsqueda de la conciliación tenía su impulso en los peligros que emanaban de los proyectos de preponderancia que conspiraban contra ellos. UNION Y PRECAUCIONES dice en otra página alzando los signos.²⁶ Aunque las amenazas pendientes cambian de actores representativos de 1828 a 1842, la naturaleza del peligro es análoga y las secuelas también. A la frustrada reconquista monárquica promovida por la Santa Alianza han sucedido nuevos modos de apetito dominador. Con alertador realce acusó en el *Pródromo* de 1828:

“¡¡¡El derecho de conquista, de los tiempos bárbaros, es el que hace valer las naciones cultas!!! ¡¡¡Por el espíritu de dominación, con que se honraban los abuelos en tiempos de ignorancia, quieren distinguirse los nietos, en el siglo de las luces!!!”²⁷.

Esas sombras eran las que le habían inducido a la atrevida afirmación de que la América no había obtenido la Independencia sino un “armisticio”. Es decir, que lo alcanzado no era absoluto ni completo, sino lleno de cortapisas y fragmentado. A los conflictos interiores irresolutos se añadía la amenazadora variable externa. Su experiencia europea hasta fines del primer cuarto del siglo XIX le proporcionó la información suficiente para considerar que tras la retórica “civilizadora” de las naciones europeas autocalificadas de CULTAS anidaba la falsa creencia “que solo PREPONDERANDO prosperan”.²⁸

De tal bandera echaba raíces la aspiración, incluso de naciones que ayer apenas eran provincias en clara alusión a Estados Unidos, que también dejaba ver su anhelo de preponderancia en mayúsculas. El tropel de agentes/aventureros mercantiles tuvo efectos desastrosos para los circuitos y centros de producción mercantil: “en toda Hispanoamérica,

24 Rodríguez, 1975, T.I, p.281.

25 *Ibidem*, p.282.

26 *Ibidem*, p.290. “Un jefe de la revolución de Buenos Aires -dice Tulio Halperin Donghi- señala las nuevas tareas del cuerpo eclesiástico: liberado de la opresión del antiguo régimen, debe poner su elocuencia al servicio del nuevo; quien no lo haga se revelará indigno de la libertad y será privado de ella”. *Historia Contemporánea de América Latina*, Edición Revolucionaria, La Habana, s/f, p.157.

27 Rodríguez, 1975, T.1, p.272.

28 *Ibidem*, T.1, p.327.

desde México a Buenos Aires, la parte más rica, las más prestigiosa del comercio local quedará en manos extranjeras”.²⁹

Los proyectos de colonización (blanca) puestos en boga formaban parte de la expansión civilizadora del capitalismo. Respecto de la equívoca panacea colonizadora se burla olímpicamente: “COLONIZACION. Que se descarguen barcadas de Pulperos, de mandaderos, de mozos de cordel i de otros oficios, en que brillan la Educación! i el Ingenio!, para enseñarnos a regatear, a correr, a pujar, a renegar en varias lenguas y a emborracharnos a la Europea, no deja de contribuir en algo, a la propagación de las LUCES”.³⁰ Rodríguez, le opone la colonización interna, la colonización con las fuerzas propias y sin más auxilio que la creación original. Cuando Rodríguez escribía esto, ya la suerte de la colonización tejana incubaba la desgracia para México.

Los nuevos proyectos de colonización europea tenían varios componentes teóricos y prácticos de cuidado en la visión del maestro caraqueño. El económico-social recordaba la desconfianza de la élite hacia la sociedad rural y la creencia de que no podría redimirse sin el “saber cómo” europeo, (el mentado “to know how”) que desde luego, no tenía nociones de la producción americana. Por otra parte con ello se trataba de recuperar mediante el blanqueamiento demográfico un equilibrio racial y social que sustituyese el modo a los establecidos por el fragmentador sistema de castas de la colonia. En el plano psicológico revelaba los miedos y fobias sociorraciales de la oligarquía blanca, tan visibles desde Sarmiento a Mora, detrás de la retórica oposición entre civilización y barbarie que desconoció Rodríguez. Su consejo de entonces, de que era preferible entender a un indio que a Ovidio, debe haber escandalizado a estos xenoutopistas. El proyecto alternativo que propuso fue el de una colonización propia -decir interna equivaldría a entrar en una polémica contemporánea que atribuye otra connotación³¹ con el fin de afianzar la propiedad en manos de los productores directos del país.

Así pues, la tríada de peligros percibidos para la nueva América giraba en torno a tres puntos interrelacionados a la luz de la coyuntura post independentista: comercio exterior, proyectos de colonización y libertad de cultos. Ellos constituyen las tres “especies de delirio”, tres piedras angulares de lo que llamó, repitamos, la ENFERMEDAD DEL SIGLO, una sed insaciable de riqueza, esencia del sistema capitalista en ascenso, y por qué no decirlo ya, en incipiente expansión bajo modalidades antiguas y de nuevos mecanismos en proceso de germinación.

Ninguno de esos remedios los consideraba aptos Rodríguez, para la búsqueda de la prosperidad, por una razón muy simple confirmada por la historia: no conducía al bienestar general y propio de las sociedades americanas. Digamos con Burns: “La consecuencia inmediata fue que los modelos europeos engendraron en el Nuevo Mundo estructuras económicas débiles y sumisas. También favorecieron al afianzamiento de una minoría hábil, fuerte

29 Halperin Donghi, s/f, pp.162 y 163.

30 Rodríguez, 1975, T.I, p.346.

31 Ver a Pablo González Casanova donde ofrece un interesante argumento de la llamada colonización interna en *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 1969.

y acaudalada, pero debilitaron a la mayoría”.³² Esto es precisamente lo que trató de evitar Rodríguez con sus propuestas.

Su insistencia de abatir la Ignorancia no está circunscrita a la solicitud de Instrucción - y entiéndase que para Don Simón este medio tenía más alcances- sino a los contenidos renovados de la cultura a reproducir por su intermedio. Por lo cual estimaba una revisión a fondo de los paradigmas. Ya por 1828 puso en tela de juicio la validez de dibujar los fundamentos de las nacientes repúblicas en falsos orígenes:

“Dividen el origen en próximo y remoto. De este (el Griego y el Romano) no se sirven sino para razonar arengas y proclamas. El que rige en todos sus planes es el próximo... (la Inglaterra). Su uso constante lo traen de los Estados Unidos...en láminas. Y cuando ni el origen ni el uso deciden ocurren al tercer principio; pero en lugar de consultar el genio de los americanos, consultan el de los europeos. Todo les viene embarcado.”³³

Lo absurdo de esta manifestación imitacionista, que hunde sus raíces en la colonia y prolonga sus ramajos hasta hoy, estaba fincado en la adopción de patrones de consumo, tablas de valores, modelos institucionales, inaplicables a realidades diferentes y desconocidas por la mayoría de quienes pretendían regir el país con los ojos puestos en intereses y el reconocimiento foráneo. Bolívar, el otro Simón, lo había rechazado en el Congreso de Angostura en memorable discurso y ahora su maestro lo criticaba con más argumentos y con rigurosa sistematicidad, y aun más, lo cual agrega el mérito mayor, ofrecía soluciones congruentes a los recursos disponibles y a la aspiración no de las mayorías, sino de la totalidad.

El rechazo a la imitación lo hizo extensivo a la primera experiencia republicana en América. La distinción de Estados Unidos con la América nuestra en que tanto hincapié hizo José Martí, tiene su base precursora en el deslinde que hizo Rodríguez como fundamento de la propuesta creativa:

ESTADOS UNIDOS

“Los consideramos como el País Clásico de la Libertad: nos parece que podemos adoptar sus Instituciones solo porque son Liberales = lo son en efecto; pero... el Suelo?.. su Extensión?.. sus Divisiones?...su Situación?... los Hombres?... sus Ideas?...sus Costumbres?...las Razas?...las Clases?...las Creencias?...las Necesidades?...la Industria?... la Riqueza?...

dónde están?.

La única analogía que hai, entre las dos Américas, es

la NOBLE idea, que ambos tienen,

de la *utilidad* de la ESCLAVITUD.

Los Angloamericanos han dejado, en su nuevo edificio

³² Burns, 1990, pp. 18 y 19.

³³ Rodríguez, 1975, T.1, p.267.

un trozo del viejo -sin duda para contrastar-
sin duda para presentar la rareza de
un HOMBRE mostrando con una mano, a los REYES
el gorro de la LIBERTAD,
i con la otra, levantando un GARROTE sobre un NEGRO,
que tiene arrodillado a sus pies”³⁴.(SIC)

Y aun en esa analogía podemos añadir que hay una diferencia de trato sexual, fundamentalmente, entre amos/blancos y esclavos/negros.

Simón Rodríguez asienta entonces una condición que nunca ha sido asumida en nuestro continente más que a medias en algunos casos y ha sido contradicha en la práctica de las oligarquías prevalecientes: “Inventamos o Erramos”. Los demás medios -reiterados hasta el cretinismo- son velados subterfugios para soslayar la incapacidad de asumirlos por las clases sociales que han detentado los poderes sociales.

La elaboración de un proyecto y caminos propios, para sí, debía arrancar de la recuperación de la memoria histórica, de un modo muy distinto a como lo comenzaban a hacer los intelectuales orgánicos de la oligarquía republicana, como autoconciencia de grupo dominante. Concepción que asumía el modelo eurocéntrico. De modo escandalizante para los oídos de la época, sensibilizados con la formación clásica, Rodríguez orilló la historia de medos, persas, egipcios, griegos y romanos para centrar el interés reconstructivo en América:

“No nos importa tanto como... la *Decrepitud prematura* en que empiezan a caer... (casi a su nacimiento)... las Repúblicas que han hecho los *Europeos* y los *Africanos*, en el suelo de los *Indios*.”³⁵(SIC)

Más adelante dirá con igual tono desafiante que más importa “conocer a un Indio que a Ovidio”. Ya sabemos que Martí afirmó o parafraseó de igual modo la necesidad de un reconocimiento de nuestro ser, como condición indispensable, al diseño de un plan congruente con las especialidades de nuestros intereses en un sentido global desde el punto de vista humano y especial desde el punto de vista regional. Esta era la vía para obtener una imagen de América sin fragmentación y sin ataduras. La idea de totalidad no ignora todos los elementos que lleva dentro ni los que la rodean.

El ánimo que impulsa esta idea de América es la promoción del bien social, del Bienestar General (SIC) porque su preocupación por América es ante todo por el género humano que lo ocupa, trabaja y sufre en ella; este interés de mejoramiento para esas mayorías sufrientes permea su teoría del interés general por encima del interés de grupo:

34 Rodríguez, 1975, T.I,p.342.

35 *Ibidem*, T.1, p.288.

“No hai materia, más interesante, más importante, ni de más consideración, que el bien JENERAL, ni hai obra que requiera más aptitudes, más contracción, ni más esmero...”³⁶

Rodríguez se da cuenta de lo gigantesco del empeño, de las dificultades que se le atraviesan, de los prejuicios y preocupaciones en acecho, y aunque era muy difícil calibrar la hondura de la ruptura social y hasta qué punto se habían debilitado las clases conservadoras de status, fueros, privilegios y prejuicios, está firmemente convencido del papel de la educación como idealmente la habían concebido los enciclopedistas franceses del siglo anterior como instrumento de reforma social de magna efectividad.

La educación para todos por igual, sin distingos de clase ni de materias, con trabajo manual para unos y otros, es decir, una educación popular, o como otras veces la llamó, educación social o republicana.

El mentor de Bolívar estaba también convencido que la arrogancia, la vanidad, la avaricia, la envidia, eran modificables mediante el ejercicio de una educación de los sentimientos tal como él la proponía. Esta educación especial crearía la base de conocimientos y de sensibilidad necesarias para abrir caminos más apropiados al desarrollo de la América y a la fuente de invención exigida.

De este modo, se zanjarían conflictos y se tendería una infraestructura de defensa que diese base indispensable al sincretismo que pondría en amistad todas las partes del continente “¡Sean amigas si quieren ser libres!”, exigió al finalizar el *Pródromo* de 1828. De esta manera encaminaba un proyecto histórico destinado a establecer una democracia pensante, cotidiana, autoregulada y general como la que aun tenemos pendiente construir.

Cuando Rodríguez escribió esta obra ya la historiografía latinoamericana del siglo XIX comenzaba a enseñar los lineamientos elitarios, sesgados y prejuiciosos con respecto a los sectores populares, que sentarían infeliz cátedra en el resto de esa centuria y la siguiente. La marginación de todos los elementos discordes al proyecto civilizatorio europeísta al cual uníase el destino económico y político de la oligarquía dominante fue un acorde común, como también lo era la denigración de las culturas aborígenes y los elementos de procedencia africana. La presión interesada de adentro y de afuera, conducía a cancelar los proyectos alternativos que se orientaban -como los de Simón Rodríguez- a una consideración social amplia, abarcadora, en la que entrarían en juego las condicionantes históricas y la creación original, todo ello apuntando a un beneficio plural y a un ejercicio de gobierno democrático sin trancas ni abusos, por medio de un ancho y largo proceso educativo que acumularía la cultura necesaria para crear una sociedad profundamente humana.

4.- “Nuestra América” vista por José Martí:

Es sabido que antes de que Martí emplease esa expresión en su contundente ensayo “Nuestra América”³⁷, publicado en enero del año 1891, esta había sido usada ocasional-

³⁶ *Ibidem*, T.1, p.305.I, sin distingos de clase.

mente por escritores y políticos. De vez en cuando aparece algún que otro despolillador como yo que descubre que tal o más cual había empleado esta terminología mucho antes. Qué bueno que así suceda, no por buscar reasignar derechos de paternidad sino por otra cosa mejor: estaba en la atmósfera de la unión en la pluralidad.

El Martí joven empezó a desarrollar su idea de América como concepto especial hacia 1875 al calor de la influencia de intelectuales mexicanos y al amparo de su experiencia personal. Bajo estos efectos abandera las propuestas de una literatura, teatro, historia, expresiones, leyes, modelos económicos, congruentes a las realidades y necesidades americanas.³⁸ A raíz de esos contactos hace suyo el rechazo a los trasplantes, a la imitación. Obviamente no es el primero en hacerlo, como ya hemos visto, pero sí el más insistente de su tiempo. A partir de entonces se sumerge en un enriquecimiento y maduración acelerada de la idea. Durante su estadía en Guatemala detectamos el nivel alcanzado, en una parrafada muchas veces citada, en donde la densidad comparte lugar con cierta carga afectiva.³⁹

“Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia”.

Es interesante el párrafo siguiente, menos citado que el anterior:

“Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero lo mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!”

Ahí están los gérmenes de su consideración identitaria, que se venía abriendo camino desde la independencia, útil paso precedente para transformar una expresión desintencionada en una noción abarcadora y polisémica. Por supuesto, este proceso de conceptualización no se puede encerrar en estrictos límites literarios. Se trata de un resultado de un complejo proceso de conocimiento y comunicabilidad.

Es sabido que las experiencias existenciales de Martí, durante sus estancias en México, Guatemala y Venezuela, unida a su vivencia cubana constituyeron la base de su com-

37 Desde otros ángulos examino este texto en “La función utópica y la praxis política: las alternativas de José Martí para América Latina”, en *José Martí: vida, tiempo, ideas*, Morelia, Sociedad Cultural Miguel Hidalgo A. C./Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/ Centro de Estudios Martianos, 2003, pp. 89-108.

38 Martí, 1965, t. 6, p. 211. Cito a título de ejemplo: “La poesía de las naciones libres, la de los pueblos dueños, la de nuestra tierra americana, es la que desentraña y ahonda, en el hombre las razones de la vida, en la tierra los gérmenes del ser”.

39 *Ibidem*, t. 7, p. 98. A mi parecer en ese párrafo hay una intuición de la significación sintetizadora de lo que luego Fernando Ortiz denominará *transculturación*. Véase el capítulo complementario en la obra de Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940). Hay varias ediciones impresas en Cuba, Venezuela y España.

preñón de las realidades americanas. Realidades que cobran singular emergencia en los contrastes con las vivencias en Europa y Estados Unidos. En toda su obra literaria, periodística, puede seguirse el rastro de una serie de elementos que partiendo del problema ontológico van conformando una interesante teoría de América, de la América que delimitó como nuestra: “del Bravo a la Patagonia”.

Para el análisis presente ha sido interesante tamizar en el periodo venezolano, en donde manejó muchas fuentes a más de las que citó en sus cuadernos de apuntes y no descarto que de oídas o de leídas haya tenido noticias de los que pensó y publicó Don Simón. Esta frase de una carta me sugiere una pista: “De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna.” Reparemos que ese término – fundación- es el que había empleado reiteradamente Rodríguez en distintos momentos de su argumentación sobre el momento histórico a que se había abocado la América nuestra. Y para fines del siglo XIX la noción de fundar seguía como demanda vigente. Entendida como etapa de madurez, de cristalización nacional, obstruida por las fragmentaciones y disparidades heredadas de la conquista y la organización colonial.

Junto al problema del ser, de la necesidad de definir quienes somos en el mosaico humano mundial, van tamizándose una serie de problemitas anexos: la cuestión de las etnias y razas en miscigenación y compartimentaciones con su cauda de estereotipos y resentimientos intergrupales. La cuestión del conocimiento más profundo y fundado de la realidad americana, conocimiento y educación apropiados para orientar a estos países. De ello se desprende el posicionamiento ante el debate por los modelos de desarrollo a seguir para el progreso bien entendido y sus corolarios: el copismo, la creación propia, la alienación cultural de las clases dominantes, más la ignorancia de las clases y grupos subalternos. Elementos muy presentes también en las precedentes y muy olvidadas obras de Rodríguez. De ahí la convicción de Martí de que el proceso descolonizador no se había completado.

La experiencia directa tiene en Martí un papel relevante, de mucho mayor peso que la información obtenida por los libros, revistas y periódicos. Sabe ver las realidades. Las incorpora en su discurso en generalizaciones muchas veces atrevidas. De esta forma multivariada: como delimitación posesiva, como expresión de amor y como metodología distintiva se va gestando la elaboración del concepto “nuestra América”. Desarrollo de resemantización que se incorpora al discurso revolucionario moderno con una carga de resonancias ideológicas y políticas de fácil decodificación y destinada a un proyecto de seguridad y desarrollo de vastas perspectivas regionales.

Para comprender mejor los alcances de este proceso de conciencia y elaboración es necesario partir de varias condiciones y elementos actuantes en la arena económica, política y cultural del planeta en el siglo XIX. Vio el desenvolvimiento de las precariedades que atisbó Rodríguez.

La historiografía contemporánea ha señalado en los fines del siglo XIX una Segunda Revolución Industrial.⁴⁰ Esta discutida periodización se hace partir de los años setenta hasta comienzos del siglo XX. Aunque constituye una continuidad del proceso iniciado en Inglaterra desde mediados del siglo XVIII que se extiende hacia la creciente periferia del sistema capitalista, mundializándolo, tiene sus rasgos propios. Tuvo lugar una renovación de orden tecnológico para producir en masa y bajar costos, lo cual incrementó la demanda de materias primas y la ampliación de mercados para las nuevas manufacturas. Crecimiento económico y cambios sociales significativos al incorporar a las fábricas buena parte de la población. Se esboza la sociedad de masas. Cuando este proceso entraba en su apogeo en Estados Unidos y en parte de Europa, los ecos de la primera revolución industrial apenas se estaban asentando, fragmentariamente, en la América Latina.

El capitalismo que se extiende a la América Latina, lenta y desproporcionadamente tendrá como ideal de política exterior la libertad del mercado ajeno. Las nuevas grandes corporaciones comienzan a intervenir en los Estados para que coadyuven en la búsqueda de mercados exteriores de otros países no desarrollados o simplemente la adquisición de nuevos territorios en condición de colonias. La ecuación es bien conocida y simple, se plantean la salvaguarda, principalmente es el caso de Estados Unidos que empieza a desempeñar un papel más influyente en la región adyacente, mediante un proteccionismo inmovible y la búsqueda a cualquier precio de nuevos mercados y áreas de inversión de los capitales sobrantes destinados a la obtención de un flujo uniforme y barato materias primas. Se comienza a implantar así un nuevo tipo de dependencia, a la cual luego llamaremos el neocolonialismo.

Creo que esa acometida fue invocada de modo metafórico al iniciar el texto fundamental en el examen que hacemos de la noción de “nuestra América” recordémoslo:

“Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar.”⁴¹

A la altura de los conocimientos contemporáneos pocos se atreven a negar que esta alusión tiene dedicatoria, un sujeto bien conocido, el fenómeno imperialista. No cabe duda, José Martí es el iniciador del antimperialismo moderno en el ámbito latinoamericano. En Estados Unidos observó con prevención el crecimiento de las pretensiones hegemónicas en el escenario de grandes acontecimientos y definiciones. La renovación industrial y la producción en serie, aunadas a la transformación en los medios de comunicación y sistemas de organización laboral más productivistas, llevaron en su cauda un notable crecimiento económico, las crisis económicas y sus secuelas sociales.

40 Pasdermadjian, 1960.

41 Martí, 1965, t. 6, p. 15.

La superproducción de mercancías y la avidez paralela de mercados,- la TRAFICOMANÍA señalada por Rodríguez - fueron apreciadas por Martí. Dedicó atención a la decadencia de la clase política -en contubernio con los empresarios y banqueros- hundida en la corrupción desde el gobierno de Ulises Grant. La podrida maquinaria electoral le hacía dudar del porvenir democrático de Estados Unidos. Demócratas y republicanos corrompían por igual a las instituciones liberales. No dejó de admirar la diligencia, laboriosidad e inventiva del pueblo que se iba redefiniendo en Norteamérica. Dio a conocer a sus lectores de Hispanoamérica los grandes valores literarios como Thoreau y Whitman. Sin embargo, no dejó ofuscar su juicio y hundió su análisis hasta las mismas entrañas del convulso sistema. En ellas apreció los cambios que venían produciéndose en lo que respecta a la conexión entre los males internos y el empeño en desaguarlos hacia fuera con una política expansionista de nuevas características. La penetración pacífica fue el expediente usado desde el primer lustro de los 80. Penetración de carácter mercantil y de suave protectorado. Querían la exclusividad sobre todo el continente.

El plan comenzó a tomar forma de estrategia política a partir de la reunión en Washington de representaciones de las repúblicas de América. La idea era de James Blaine, secretario de Estado, empeñado en institucionalizar una integración con Estados Unidos como centro director del discutido panamericanismo monroísta, patrocinador de una política acometedora y antieuropea.

El año 1889 fue para Martí pletórico de presagios, preocupaciones y amarguras, de definiciones, perspectivas y tenaz puja. Siguió de cerca y vigilante las sesiones de la Conferencia Internacional Americana auspiciada por Blaine. En aquellos instantes la coyuntura histórica parecía beneficiar los sueños imperialistas bajo la cubierta del “panamericanismo”⁴².

La imagen de Estados Unidos en América Latina pasó a una percepción diferente. Ya lo más granado de la intelectualidad no los miraban como un ejemplo a seguir ciegamente como hicieron los primeros independentistas hispanoamericanos con respecto a su organización social y política. Con la obvia excepción de Simón Rodríguez, como ya hemos visto. Desde la guerra con México hasta el comienzo de los años 90 fue aumentando la idea de un peligro latente⁴³. Y fue Martí quien resumió las preocupaciones crecientes con un grito de alerta:

“Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña.(...) como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber ur-

42 Véase mi libro Morales Pérez, 1994.

43 En la significativa lista destacaría las denuncias del chileno Francisco Bilbao, las del neogranadino José María Torres Caicedo, las del cubano José Antonio Saco, las de Ignacio Ramírez el Nigromante, mexicano.

gente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento (...) El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad...”⁴⁴

Se iniciaba una coyuntura difícil para llevar a cabo la tarea independentista cubana.

La situación cambió en 1891, año en que dio a conocer su memorable ensayo, “Nuestra América”, que es, con la Carta de Jamaica de Bolívar, uno de los documentos más valiosos del pensamiento político latinoamericano, donde efectúa un recuento crítico del pasado americano más reciente, la artificialidad institucional de las repúblicas creadas en afán de imitar, la ausencia de conocimiento de la constitución real de los países de nuestra América, la necesidad de buscar soluciones propias y el necesario reacomodo estratégico de las fuerzas patrióticas para una lucha que impida la expansión de nuevos vínculos de dependencia en el instante que Estados Unidos se propone extenderse por estas débiles naciones.

La afiliación de Martí con los pobres de la tierra es bien conocida. Otro punto de coincidencia con el maestro caraqueño. En primer lugar con los negros esclavos que vio padecer en su niñez, punto de donde emerge su identificación con las víctimas, matriz de una sensibilidad volátil frente a las injusticias. Luego se extiende a los grupos sociales subalternos y menesterosos, y particularmente, a partir de su estancia en México con los indígenas. Tal identificación destaca su presencia en el ensayo Nuestra América de forma multifacética, pero tiene antecedentes precisos de una consustanciación en la cual las imágenes poéticas traducen una imbricación más profunda. Aquí hayamos ese singular respeto por esta masa excluida común a ambos pensadores.

De mayor trascendencia para el ámbito de la política internacional es la fuerza implícita en la noción “nuestra América” como instrumento de resistencia frente a los cometas que van por el cielo engullendo mundos. “Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos”. Es un punto en el cual insiste, como lo hizo Rodríguez en su anticipador ensayo, desde su estancia en Centroamérica, con tremenda fogosidad. Directa e indirectamente, como cuando invoca la desunión que prestó facilidad de la conquista de México y Guatemala. De modo que emplea la lección histórica como recurso ideológico y retórico para persuadir la pluralidad mancomunada de la resistencia frente al embate expansivo en apogeo. “¡Los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete legua! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”⁴⁵. La noción de lo nuestro sirve plenamente a la tentativa unitaria como un común denominador frente al peligro ex-

44 Martí, 1965, t. 6, p. 24.

45 *Ibidem*, t.6, p.15.

terno e interno, referido en las imágenes del tigre y del pulpo como las fieras que están en disposición de devorar y sujetar por todos los lados como sugiere la imagen del octópodo. El tigre, simboliza el apetito animal que se guía por sus instintos, ataca, despedaza, desgarrar, derrama sangre, nos desaparece entre sus fauces, en tanto que el pulpo es el portador silencioso de los tentáculos opresores, cercenador de libertades, controlador de movimientos, mecanismo de asfixia.

No incurría en alarmismo movilizador el poético exhorto. La segunda mitad del siglo XIX fue escenario de una expansión colonialista impresionante. Las potencias europeas se lanzaron a tomar el resto del mundo. Impulsados por la creciente maquinaria industrial se apoderaron de partes enormes de Asia y de Africa. Estados Unidos no se quedó fuera del juego, si bien aun hacía la digestión de la adquisición brutal de los territorios que lo extendieron hasta el Pacífico. Puso los ojos en Hawai y en varios lugares de las Antillas.

La tríada invocada por Rodríguez- COLONOMANÍA, TRAFICOMANÍA Y CULTOMANÍA – seguía jugando el mismo papel de parteras de la expansión capitalista por la periferia del sistema de dependencias en una nueva refuncionalización. Un nuevo reparto del mundo estaba en ciernes. La lucha por la PREPONDERANCIA entraba en un nuevo ciclo de reacomodos.

Quizá lo más grave de la amenazadora coyuntura globalizadora era el peligro interno. La otra pata de la dependencia: es eslabón nativo, aliado, beneficiario. Que había variado bastante en sentido negativo desde los tiempos de Rodríguez. Es de interés observar que después del exhorto a la unión, a la alianza, pase a examinar y juzgar hacia dentro. Palabras duras, fuertes etiquetamientos se derraman a quienes se cobijan con la bandera extranjera; sietemesinos, traidores, desertores, insectos dañinos, gusanos que le roen el hueso a la patria. La fractura interna siempre ha sido el flanco más vulnerable de un pueblo débil frente a un fuerte conquistar, frente a cualquier pretensión de dominio. De manera que la unidad nacional es un prerrequisito para la defensa, para la seguridad. No ignoraba todos los intereses nacidos del lazo entre criollos y extranjeros, por el contrario, criticó duramente la subordinación a las casas comerciales europeas que invadieron los puertos americanos: Rodríguez dixit. Sabe muy bien que las clases directoras de los asuntos americanos viven alienadas e impreparadas para el progreso indispensable, el progreso totalizador, de conjunto, comparido, los genuinos intereses nacionales y no el libro de cuentas de una élite.

De una élite dominante que pasa a caracterizar como incapaz para el buen gobierno, como un sector poderoso pero inepto por su alejamiento con los paradigmas ajenos, un poder enajenado en la selección de modelos externos a las realidades del país. Es obvio que esas realidades observadas por Martí no eran las realidades de la élite sino la del abanico completo de las heterogéneas sociedades americanas. Durante décadas estuvieron discutiendo sobre proteccionismo, librecambio, inmigración, etc...desoyendo los demás intereses y voces como la de Simón Rodríguez...con un opaco y deformado resultado final: "A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por mé-

todos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.⁴⁶

De nuevo, la adopción de un método apropiado a la América nuestra, se hizo exigencia. Exigencia de conocimiento, exigencia de educación, exigencia de desalienación, de amplitud de miras, de respeto a otras aspiraciones y necesidades sociales, de transformación de enfoques y en la preparación de idóneos y honrados para el desempeño de las funciones públicas. Los antecedentes antes citados de la obra de Rodríguez permiten remontar los orígenes de tales urgencias.

Lo nuestro, demanda congruencias entre la composición, los objetivos y las vías de realización. Ese fue el epicentro del ataque de Martí a medio siglo de anómalo desempeño republicano. No sólo enjuiciaba el caudillismo cerril, el personalismo y las camarillas, también la ineffectividad de la naciente intelectualidad más deseosa de puestos que de creación original. Una intelectualidad que había dado muy pocos frutos de utilidad y que se avergonzaba o ignoraba los componentes indígenas y africanos de las nacionalidades en germinación. De esa arremetida no escapa el clero enfrascado en cerrar el paso a la ilustración, más preocupado con el contubernio con los poderes que con el padecimiento y los anhelos de los humildes.

Dadas las condiciones de la época la perspectiva a corto plazo de Martí se ve reducida a un campo de acción puramente ideal. Dirige su clamor a las juventudes, a las acrecidas juventudes universitarias con mayor énfasis, aunque las universidades eran centros de formación muy limitados en opciones. Había necesidad de transformarlas de fondo. Darle la batalla al espíritu de copia que se había instalado en las mentalidades. "¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? Adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen"⁴⁷.

Conocimiento pasa a constituir un requisito indispensable para saber quiénes somos, qué podemos anhelar para todos y porque medios podemos alcanzarlos. Conocer como infraestructura teórica para el pronóstico, para el diseño más apropiado del proyecto movilizador, como fuente para la creación propia y como norte para el desarrollo de las capacidades. ¿Huellas de Rodríguez?

El punto de partida para tan necesario ejercicio de reorientación es la historia, nuestra historia aun pendiente de develar, deformada en su despegue por una visión elitista, eurocéntrica, sesgada, excluyente, que aun no hemos terminado de arrancar de nuestro oficio:

46 Martí, 1965, t. 6, p. 17.

47 *Ibid.*

“La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria”. Las mismas imágenes!!!

Necesaria. Es decir, que va más allá de la rememoración del pasado para adquirir una función concientizadora en el rescate identitario, en la práctica política y cultural, en la elaboración de soluciones apropiadas a nuestras características, a nuestras especificidades.

El reto principal – volvía a indicarse - estaba en la democratización radical de los puntos de vista y de las prácticas sociales y culturales. El pasado de conquista, opresión, esclavitud y servidumbres pesaba mucho. Debía enfrentarse el auge europeísta, panhispanista, que actuaba en los altos niveles. Dar entrada a los preteridos y mucho más hacer alianza con ellos. Un fardo difícil de mover.

Es un hecho bien conocido que la percepción que se tenía en el mundo más poderoso, en cuanto a la tecnología, producción, recursos de guerra y conocimientos, dejaba mucho que desear. Fluctuaba entre la minusvalía y la discriminación, entre el desprecio y el denigramiento. No les preocupaba conocernos más de lo que atesorábamos para sus necesidades de expansión y sus apetencias de dominio mercantil. Nos veían con unos aires de superioridad que provocaban sentimientos encontrados de envidia y de inconformidad.

Las razones alegadas no se basaban solamente en las diferencias de desarrollo agudizadas en la etapa post-independentista. Altanerías etnoraciales se cobijaban en teorías racistas como la expuesta y muy difundida del conde Gobineau. Antes que él otros pensadores europeos de mucha influencia habían expresado teorías raciales de igual talante.⁴⁸

No hay duda de que esos pensadores, y sus émulo criollos, están puestos en tela de juicio en la reconsideración del problema racial en la composición de los nuevos pueblos que han venido conformándose en la dramática historia colonial:

“Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas”.⁴⁹

48 En los planteamientos filosóficos del siglo XVIII e inicios del XIX pueden leerse expresiones tan chocantes y e imaginativas como esta de Immanuel Kant: “En los países tórridos el hombre madura antes en todos los aspectos, pero no alcanza la perfección de las zonas templadas. El género humano en su expresión más perfecta se manifiesta en la raza blanca. Los indios amarillos poseen un exiguo talento. Los negros tienen un nivel aún más bajo, y el más bajo de todos es, el de una parte de la población americana”. En cambio acerca de los habitantes de las llamadas “zonas templadas” Kant atribuye exageradas exaltaciones fenotípicas: “más hermosos físicamente, más trabajadores, más alegres, más moderados en sus pasiones y más inteligentes que ninguna otra raza humana en el mundo”. Cabía esperar más rigor en una inteligencia como la suya, sin embargo el fundamento racista se sustenta en una débil concepción “carácter innato, natural”(…) en la composición de la sangre de los seres humanos”.

49 Martí, 1965, t. 6, p. 22.

El asunto, no perdió consideración en el terreno de la práctica política liberadora en cual se jugaba no sólo el porvenir de Cuba, sino la correlación de factores geopolíticos en la región caribeña: "Con los oprimidos había que hacer una causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores"⁵⁰.

No pinta, en "Nuestra América", un porvenir risueño pero no deja de lanzar un desafío para emprender un camino propio de salvación por esa vía abrupta y tortuosa de batir los residuos coloniales y los peligros acechantes de una nueva fase de recolonización mediante nuevos expedientes de dependencia. Su bramido congregador, cargado de romanticismo revolucionario, raya en un grito desesperado temeroso de no hallar los suficientes oídos receptivos:

"Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental."⁵¹

5.- Consideraciones finales

Los dos textos que hemos tomado de Simón Rodríguez y de José Martí, que no excluyen un examen más amplio de ambas producciones en su totalidad, los creo lo suficientemente representativos para establecer una serie de filiaciones:

- 1.- No dudo de que en Caracas haya oído de Rodríguez o haya leído alguna de sus obras. En la biblioteca de Cecilio Acosta, o de sus labios pueden haberse quedado aquellas sabias reflexiones. Martí no solía citar con precisiones como las actuales. No era la moda. Un estudio más detallado de sus afluentes intelectuales revela cuanto rumiaba y reelaboraba lo estudiado.
- 2.- Desde luego las convergencias y coincidencias no están excluidas porque los problemas americanos estaban a la vista de ambos y de todos. Por contraposición a los acontecimientos guiados por las oligarquías enajenadas se podía llegar a conclusiones análogas.

⁵⁰ Martí, 1965, t.6, p. 19.

⁵¹ *Ibidem*, t. 6, pp. 22 y23.

- 3.- Suelen atribuirse a Martí planteamientos originales que sin embargo ya tenían precedentes en la cultura latinoamericana acumulada. Se debe más que nada a una persistente ignorancia de los contextos históricos más minuciosos.
- 4.- A mi juicio no cabe duda de que varias expresiones célebres de Martí tienen una fuerte semejanza a las empleadas por Simón Rodríguez en sus textos.
- 5.- De manera, que esta cuestión debe quedar como un tema abierto a más exploración que la aquí rápidamente ofrecida.

Bibliografía

- Bastian, Jean Pierre, 1989, *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*, FCE/COLMEX, México.
- Burns, E. Bradford, 1990, *La pobreza del progreso*, Siglo XXI Editores, México.
- González Casanova, Pablo, 1969, *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 1969.
- Halperin Donghi-, Tulio, *Historia Contemporanea de América Latina*, Edición Revolucionaria, La Habana, s/f, p.157.
- Historia de América Latina*, Cambridge University Press y Editorial Crítica, Barcelona, T.5, pp.204 a 208.
- Martí, José, 1965, *Obras completas*, La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1963-65.
- Morales Pérez, Salvador. E. 1994, *La Primera Conferencia Internacional Americana. Las raíces del modelo hegemónico de integración*, México, Centro de Investigaciones Científicas Jorge L. Tamayo.
- Morales Pérez, Salvador E., "La función utópica y la praxis política: las alternativas de José Martí para América Latina", en *José Martí: vida, tiempo, ideas*, Morelia, Sociedad Cultural Miguel Hidalgo A. C./Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/ Centro de Estudios Martianos, 2003, pp. 89-108.
- Ortiz, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940).
- Pasdermajian, H. *La Segunda Revolución Industrial*. Tecnos. Madrid, 1960.
- Rodríguez, Simón, 1975, *Sociedades Americanas en 1828*, en *Obras Completas*, T.I, Caracas, Universidad Simón Rodríguez.
- Villegas Astudillo, Reinaldo, 1996, *Simón Rodríguez: maestro y pensador de América*, Valencia, Venezuela, Universidad de Carabobo, 1996, pp. 69-77.